

de obscuro, con fuerte calzado, bien provistas de catálogo é instrumentos de óptica, y absortas ante el tesoro que encierra este Museo único en el mundo.

Su riqueza se ha acrecentado recientemente con dos ó tres joyas, un Cardenal infante de Borbón obra de Goya, y dos retratos de Velázquez. Son los mismos que existían en el palacio y eran propiedad de la duquesa de Villahermosa; y de uno, el de D. Diego del Corral, he tenido ocasión de hablar largamente aquí. El otro, que representa á la esposa de D. Diego del Corral, doña Antonia de Ipeñarrieta, confieso que no me parecía salido del pincel del autor de las *Meninas*; pero investigaciones de José Ramón Mélida demuestran que al menos hay allí pinceladas de D. Diego, y á los documentos me atenderé. Por la ejecución de retratos hoy cotizados en millones, ha dado Velázquez un recibo firmado, que es el hallazgo de Mélida, en que la cantidad recibida suma ochocientos reales. Ciertamente que la cantidad es á cuenta, por lo cual puede inferirse que el valor de los retratos ascendería á una suma de dos, tres ó cuatro mil reales. Hoy que llegan á Madrid los americanos para que haga su efígie Sorolla, y traen en cartera seis ó siete mil duros para pagarse el gustazo, Velázquez no sabemos qué pediría... Tal vez no pidiese más ni menos, pero sonreiría si le hablasen de cientos de reales... ¡Cientos de reales á estas alturas! Sube más la cuenta del fotógrafo de moda.

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habla del crimen de la calle del Carmen? Me inclino á hacerlo sólo muy de pasada. Fatiga la pluma, á la larga, tanto crimen; incurre en monotonía la crónica, alimentada sólo por ellos; se reduce á ediciones distintas de *Los Sucesos* la prensa diaria, y la emoción se gasta ya, embotándose hasta la fibra del horror.

Además, este crimen, á la hora en que mi crónica se publique, habrá cesado de despertar la curiosidad del público. Este es uno de esos dramas que, á semejanza de la conocida novela de Pérez Galdós, tiene su parte de *incógnita* y su parte de *realidad*. El secreto se lo ha llevado á la tumba el terrible abuelo y padre que, entre col y col, entre tiro y tiro á las cabezas de su nieta y de su hija, escribe con gran flema y letra clara la fecha de la muerte de sus víctimas y su filiación. No lo puedo remediar: ninguna de las explicaciones conjeturales que dan los periódicos ha llegado á convencerme. Mi fantasía, á pesar suyo, se va por los cerros de Ubeda de una infinidad de hipótesis, mejor dicho, de dos hipótesis entre las cuales, á mi ver, está la *realidad* del espantable suceso. Repito que no lo sabremos jamás. Enterrados juntos los actores del drama —la inocente niña, la hermosa muchacha y el feroz verdugo, que no quiso irse de este mundo sin ellas, porque las idolatraba, según dejó escrito,—el olvido, que cubre piadosamente tantas flaquezas y tantas iniquidades, hará su oficio, borrándolas con su dedo rápido y silencioso, y el extraño caso no dejará más huella que un tema de chismorre, por algunos meses, para las comadres del barrio.

* *

¿Las fiestas? Las fiestas son... un lío. Todo se vuelve (cuando esto escribo) suposiciones, indecisiones y proyectos que, apenas concebidos, se desbaratan y ceden el puesto á otros, no más duraderos y meditados. Dicen que es la característica de todo lo español. Mucho quiero á España, mucho, y me ha costado algunas desazones el quererla bien; pero España y yo... no congeniamos. «Aquello que puede hacerse hoy, no se haga mañana», decía Franklin...

No comprendo cómo aquí se ha desarrollado en tales proporciones la devoción á San Expedito. Conste que no discuto el culto de este santo, que ha sido combatido y no sé si al fin reconocido por la Iglesia; sólo digo que siendo el lema del bendito mártir hacer las cosas *hoy*, reprobar el *mañana* clásico, es el santo menos á propósito para que en nuestra nación le ofrezcan cirios y le regalen exvotos. Trátese de los negocios del alma, trátese de los del cuerpo mísero, el *hodie* está aquí siempre sometido al *cras*.

* *

El Museo del Prado será una de las grandes atracciones, no diré precisamente que para los forasteros, pero sí para los extranjeros que vengan á las fiestas de las bodas reales.

Los vastos salones del edificio magnífico, aunque, según los inteligentes, mal acondicionado para Museo, se ven ya llenos de *mises* con sombreros marineros de paja, alrededor de cuya copa se enrolla la tradicional gasa blanca ó azul, con *complet* gris ó ver-

D. Diego del Corral puede contarse entre los mejores Velázquez del Museo. Impone la figura displicente del viejo castellano que tan admirablemente refleja la severidad de su época y de su raza y lo inflexible de su conciencia rebelde á imposiciones, incapaz de torcer la vara de la justicia. Aquella misma compostura y dignidad sombría del personaje acentúan su carácter velazqueño.

El cardenal de Goya agrada á los inteligentes, por no sé qué problemas de colorido resueltos en la tonalidad del traje todo rojo, con la gallardía peculiar del maestro de lo pintoresco y lo expresivo en nuestra pintura nacional. El rostro de este ascendiente del rey Alfonso XIII presenta extraordinario parecido con el del joven rey. No es la primera vez que compruebo la persistencia de determinado tipo fisonómico en esta familia real; la reaparición, al través de varias generaciones, de un rostro, de una figura. Ni es únicamente en la casa de Borbón donde encontramos tipos, cabezas, cuerpos, rasgos idénticos á los de las augustas personas vivas hoy; es también entre los Austrias. El retrato de Felipe IV joven, por Velázquez, previos los cambios de traje y peinado que el caso pide, sorprende por su semejanza con nuestro monarca actual. En la sacristía de la catedral de Toledo hay un Borbón, joven también, cuya cara me pareció (*mutatis mutandis*) la de la bella infanta Eulalia. Es posible que si de todas las familias se conservasen series de retratos, como se conservan los de las personas de sangre real, notásemos el mismo fenómeno. Examinando reproducciones de los retratos ejecutados por Goya, encontré una Benavente de entonces que podría ser el retrato de dos Benaventes de ahora, á los cuales he conocido.

* *

Velázquez es el sumo atractivo, el interés preferente del Museo de Madrid; pero tiene dos ó tres competidores que le disputan la viva simpatía del público, y son, para la gente sencilla y burguesa, Murillo; para los refinados y amigos de lo extraño y sentimental, el Greco, y para los aficionados á lo pintoresco, al color y al estudio de tipos y figuras esencialmente españoles, Goya.

No me atrevería yo á afirmar, como muchos ya lo afirman, que Goya es el más grande de nuestros pintores nacionales; sólo diría que es el más provocante, el más viviente. Sobre todo, el Goya del color: el de los dibujos no me parece tan fácil que se lo asimile el público. El genio de Goya se desborda en esos dibujos, y sin embargo, muchos de ellos no son sino caricaturas; geniales, sí, pero al fin caricaturas, y tienen mucho de deprimente y pesimista.

El catálogo del Museo califica á Goya de «naturalista». ¡Cuánto habría que decir sobre el caso! ¡Naturalista! Acaso se lo pareciese á D. Pedro de Madrazo; no discutamos estas acepciones, y hasta aceptemos lo que Goya decía de sí propio, al asegurar que sólo había tenido tres maestros en su arte: Velázquez, Rembrandt y la naturaleza. Esta naturaleza, á decir verdad, es más bien la naturaleza humana, de la cual Goya sabía mucho, y malo. El paisaje le interesaba menos, y lo veía al través de los artistas que le habían precedido: en los cartones de Goya se ve la frecuente imitación del estilo de Watteau, Boucher y Fragonard.

Lo más sorprendente en Goya, cuando se le estudia (aunque no sea muy á fondo), es la facilidad con que se adapta, la flexibilidad de sus facultades, sin que pierda nunca por eso el sello propio y la frescura de su originalidad. Desde decoraciones de teatro hasta cuadros religiosos; desde caricaturas hasta composiciones ornamentales; desde la solemne alegoría hasta la bambochada, no hubo género que no acometiese. Tampoco hubo procedimiento que se le resistiese, ó que ignorase. Oleo, temple, fresco, acuarela, sanguina, sepia, aguafuerte, aguatinta, miniatura, litografía —que aprendió ya en los últimos años de su robusta vejez,—de todo esto quedan muestras y ejemplares para admiración de los artistas contemporáneos.

En el Museo se conserva algo de lo mejor de Goya; y hay quien dice que lo mejor, resueltamente, señalando este puesto al grupo de retratos de «la familia de Carlos IV.» Allí pueden verse el retrato ecuestre de Carlos IV; el de María Luisa, vestida con el uniforme de coronel de guardias de Corps y cabalgando á horcajadas; los dos grandes borrones patrióticos, el paisanaje de Madrid acuchillando á los mamelucos y los fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío; el precioso retrato de María Luisa, en traje de maja, casi hermosa á fuerza de españolismo y garbo; el de Máiquez el actor; el admirable estudio de multitud y lejanía que se llama *La pradera de San Isidro*; el soberbio retrato del general Urrutia; los brillantes cartones para tapicería, en que se desarrolla la visión luminosa de la España alegre y feliz, anterior á la invasión francesa y á las luchas políticas; meriendas campestres, bailes populares, majas seguidas por embozados, galanteadores, borrachos gozosos, damiselas bajo quitasoles de verde seda, riñas de jugadores en ventas entre calesas, chiquillos robando fruta, ciegos rascando la guitarra, elegantes petimetras columpiándose, aceroleras gallardas portando la fruta, agentes del resguardo, segadores sobre los haces de rubia mies durmiendo la mona al sol, leñadores, floristas, mendigos, mozas de cántaro, chorriceros, novilleros, lavanderas, majas manteniendo al pelele, aldeanos en zancos... Desfile inimitable de tipos clásicos, que conocemos gracias á Goya, que acaso si él no los recoge estarían olvidados..., porque no había que pensar que los demás pintores de aquel tiempo se empapasen en la vida nacional y la reflejasen en sus creaciones.

* *

Y como contraste, mirad después á Domenico Theotocopuli. Sus figuras os parecerán largas, incommensurables. Su colorido os parecerá raro, violento, verdoso, amarillizo. Al pronto, es seguro que no os agrada. Y si sois partidarios de la realidad, daréis la vuelta y os meteréis en la rotonda, á extasiaros con Velázquez.

Mas si tenéis la paciencia de mirar despacio al Greco, de percibir el sentimiento que de él emana, y que sutil y misterioso se desprende de la contemplación de su pintura..., entonces hasta puede suceder que Velázquez os parezca inferior á su maestro, y que el colorido veneciano del Greco os seduzca más que el del discípulo, sobre todo en la última época de su vida. El Greco gusta ó no gusta; pero si gusta, no gusta á medias.

EMILIA PARDO BAZÁN.